

★ **JULES RENARD: PELO DE ZANABO**
R.I.A. Buenos Aires, Compañía Comar
Fabril Editora, 1961. 208 pp. (Trad. de P. L.
Lavallo).

Pelo de zanahoria es una réplica exacta de Jules Renard. La terrible opresión de su madre desalmada, así como el registro, frío y prolijo de sus alternativas, es el mismo, en efecto, que el autor documenta con mucha paciencia a todo lo largo de su *Diario*. Renard necesita decir sin eufemismos su dolor de niño, se niega a ese respecto toda lacerante contemporizadora y segrega así a pedernales dolor, yuxtaponiendo escenas breves, diálogos, frases y ocurrencias que no intenta decir ni engarzar en una anecdota coherente. Pensamos, al leerlo, en Kafka, agobiado por un padre tiránico, a quien no se cansa de interpelar, expresamente o no, a lo largo de todos sus escritos. Pero en Renard todos los puentes han quedado cortados. Su tono no es el de una interpelación, sino el de una comprobación rigurosamente solitaria. Pretende solamente relatarlos, —efectando un equívoco despreocupación,— la atroz tortura de su infancia. Kafka hablaba para el padre; Renard, en cambio, nos toma a nosotros como destinatarios de su amargura filial, lo que acentúa el patetismo de su caso. Sobre todo por que no apela a nuestra piedad, sino, casi exclusivamente, a nuestra sensibilidad de estetas.

A 67 años de escrita, *Pelo de zanahoria* —convertida pocos años después por su autor en pieza teatral— conserva su eficacia casi intacta. El sabio estilo de Renard, tan económico y preciso, azorinesco a las veces —aunque cuánto más palido e incisivo— sigue siendo una hazaña de ajuste y equilibrio. Páginas como "La tormenta de hojas" agregan a un agudo sentido de las cosas un dominio perfecto de la palabra con que las hace ingresar en la literatura. La realidad —y esa es su más inapreciable virtud— aparece allí transfigurada sin ninguna clase de traición o de violencia, con un arte del que pudo un Supervielle proclamarse reedificado mirador.

El libro —podría observarse— carece de aliento, de un impulso sostenido. Pero el tema y la actitud espiritual con que el autor lo aborda parecen difícilmente compatibles con una mayor continuidad formal. Solo un relato despedazado parece en efecto corresponder a una vida también despedazada. Conviene sin embargo aclarar: de una vida despedazada, pero en la que sobrenada un tenaz y entusiasta afán de recuperación por intermedio del arte, que no resulta difícil reconocer la presencia de una esperanza que no cree necesario proclamar su nombre.